

Ángeles en tiempos de lluvia

Miguel Vázquez Freire

Algar Joven

¿En qué creer cuando pierdes a un ser querido?

Cuatro jóvenes mueren en accidente la madrugada del sábado

Redacción, Vigo

Cuatro jóvenes, de entre dieciocho y veintidós años, han muerto en un grave accidente de tráfico ocurrido, a las 6:15 horas de ayer, en la carretera de Bayona a Vigo. El turismo en el que viajaban los cuatro jóvenes –una chica y tres chicos– se salió de

la carretera por causas desconocidas y chocó violentamente contra un árbol. La velocidad excesiva del vehículo y el estado de la calzada, muy peligroso a causa de la lluvia caída a lo largo de la noche, son las hipótesis sobre las que...

I
TÚ ERES MONCHO

Ella lo decía con frecuencia. Nunca acabas de conocer totalmente a nadie. Ni siquiera nosotros mismos llegamos a conocernos del todo. Lo decía sin que estas palabras sonaran duras, dramáticas o tristes entre sus labios. Lo decía como quien dice: las camelias florecen en invierno. Algo absolutamente cotidiano, pero que pasa generalmente inadvertido porque hay mucha gente que cree que las flores sólo nacen en primavera. Mucha gente cree que conoce a sus vecinos, sus amigos y familiares; que se conoce a sí misma. Empiezas a pensar que no conoces a tu hermana y ahora sabes que ni siquiera te conoces a ti mismo y que nunca llegarás a conocerla. Ni nunca la conocerás a ella.

Tu hermana se llamaba Ángeles.

Se llamaba. Ya has aprendido a decirlo en pasado. Se aprende muy deprisa. ¿Dirías que no hay nada que enseñe tan rápido como la muerte? No lo sabes; no sabes si tiene sentido decirlo de ese modo. La muerte es, todavía, una maestra nueva y, por suerte, escasa en tu vida.

Tú. Tú eres Moncho. Tienes quince años. Estás aquí, en la habitación de tu hermana por primera vez desde que murió. Hace ya unos cuantos minutos que miras por la ventana dejando que se agoten tus lágrimas, que tus ojos

se sequen, para volver a mirar en el interior del dormitorio, tan lleno, aún, de su presencia.

¿Qué buscas? No lo sabes. Comprender, quizá. Entender una muerte absurda. ¿Como todas? Seguramente, pero cada uno vive una muerte próxima como el absurdo máximo. Quieres saber. Necesitas saber. Saber, tal vez, para entender y aceptar. Aceptar para poder seguir viviendo. Seguir viviendo sin ella, sin Ángeles, la mejor hermana del mundo. Tu hermana.

Ya nunca llegarás a conocerla. ¿Cómo era realmente Ángeles? La joven siempre serena pero que tan bien sabía diferenciar las cosas importantes de las triviales. La amiga que siempre tenía un consejo oportuno a mano y una paciencia infinita. La compañera en las actividades de la parroquia. La primera en todas las acampadas, la mano derecha del padre Sebastián en la organización de los muchachos del barrio. La promotora, el verano del 94, de uno de los grupos más activos en el apoyo a los acampados por el 0,7, que dormía cada noche en una tienda de la plaza de Compostela.

Había, sin embargo, otra Ángeles que nunca llegaste a conocer y que nunca conocerás; la que salía de marcha los viernes por la noche con dos modernos y un drogata, la que se mató en un accidente estúpido una noche de borrachera.

No te lo acabas de creer.

Giras la cabeza y miras. Como si esperaras encontrar la respuesta en sus libros, en su mesa, viva todavía de su desorden, en su cama, en los carteles de las paredes...

Los carteles. Giras los ojos hacia ellos en una suerte de viaje imposible al alma definitivamente desconocida de

tu hermana. Están los más antiguos, los que te recuerdan a la Ángeles que mejor conocías. El del no a las centrales nucleares, el de la Asamblea Antinuclear de Galicia, el de la plataforma por el 0,7, uno de Amnistía Internacional contra la tortura...

Están, también, los más recientes, esos que relacionas con aquella Ángeles que nunca llegaste a conocer. Un mapa grande de Galicia que ocupa el lugar que, antes —hace sólo unos años, recuerdas— ocupaba el cartel de la romería cristiana internacional; una romería a la que fuisteis los dos, hace ya tiempo, con vuestros padres y donde os lo pasasteis estupendamente.

Y según tú, el cambio más significativo de todos: las fotos de Keanu Reeves y Tom Hanks —el exótico y el gracioso, como solía decir ella—, habían dejado su lugar a un anuncio horrible de rock duro. Piensas que es horrible porque la estética burda del cartel te parece sencillamente fea.

Pero, claro, en aquel concierto actuaba el drogata aquél, ¿cómo se llamaba? Fernando, le llamaban Fernando. Nunca entendiste qué había visto tu hermana en aquel tipo, el nombre de cuyo grupo constaba en el cartel: Capitán Garfio. Has de reconocer, al menos, que el nombre tiene fuerza y se aparta de la tendencia impuesta por la moda punk, con todos aquellos nombres de mal gusto, ¿cómo se dice?, escatológicos, ésa es la palabra.

En realidad, has de reconocer que apenas sabes nada del tal Fernando. Ni siquiera has escuchado su música. Nunca quisiste acompañar a Ángeles a los conciertos ni tampoco escuchar la maqueta que había grabado y que ella escuchaba

con frecuencia. Es posible que alguna vez, a través de la puerta, llegaras a escuchar su música, pero nunca quisiste diferenciarla de otros grupos.

Sí, has de confesar que tu indiferencia por la música de su... amigo (por unos segundos te ha pasado por la cabeza llamarle *novio*, pero amigo te ha parecido menos comprometido); tu indiferencia se debía, seguramente, a unos sentimientos que nunca has querido aceptar. Ahora ya no tiene sentido negarlo. Veías en Fernando al rival que estaba alejando a tu hermana de todo lo que os había mantenido tan unidos: de la parroquia con la que cada día colaboraba menos, de las actividades del instituto y, sobre todo, de ti; de vuestros largos paseos en bicicleta, de los cines a los que ibais las tardes de los sábados, de las largas conversaciones que manteníais después de comer. Desde que apareció Fernando, ella te dedicaba cada día menos tiempo.

De golpe, sientes el impulso de arrancar el cartel anunciador del concierto como si, de ese modo, pudieses borrar la influencia que Fernando había tenido sobre tu hermana. Finalmente no lo haces, pero permites que crezca, dentro de ti, la convicción de que fue Fernando el culpable de la muerte de tu hermana. Fue él quien encajó, lentamente, las piezas necesarias para que ese absurdo, finalmente, se convirtiera en realidad: que Ángeles, la hermana perfecta, muriera un viernes por la noche en un accidente de borrachos.

Y, sin embargo... sin embargo, sabes también que es una explicación demasiado sencilla. Ángeles no era una persona fácilmente influenciable. No era de las que se dejaban comer el coco con cualquier idea o de las que se dejan

fascinar con alguna de las cancioncillas de moda. Ángeles era –siempre lo has sentido así y te niegas a sentir lo contrario– una joven de profundas y muy arraigadas convicciones personales, que no cambiaría por querer aparentar o estar a la moda.

Al fin y al cabo, te preguntas, ¿por qué hablar de Fernando como si fuera un drogata? ¿En qué te basas para pensar que lo era? Crees que a lo mejor has aceptado demasiado pronto la hipótesis de la policía. Una noche de borrachera. ¿Es que el informe de la autopsia demostraba que estaban borrachos?

Ahora piensas que estás siendo injusto con tu hermana, que la has condenado, a ella y a sus amigos, sin tener pruebas en su contra. Aceptaste de buen grado el informe policial que atribuía el accidente a un exceso de alcohol, porque sintonizaba muy bien con la imagen, repleta de prejuicios, que tú mismo te habías hecho de Fernando y de sus amigos. Drogados y borrachos. Una imagen con la que les hacías culpables de la separación de tu hermana, y con la que ahora pretendes culparles de su muerte.

Pero ¿por qué habías de aceptar el informe policial?

Una energía nueva trata de ocupar el espacio dejado por el dolor. Acabas de encontrar una razón para escapar de la impotencia de la muerte. Tiene que haber alguna manera de recuperar aquella Ángeles a quien no supiste entender en su momento, y comprender a través de ella ese inaceptable absurdo. No el absurdo definitivo de la muerte, sino el de esta muerte. En tu interior crece la certeza de que pasó algo capaz de explicar el accidente, algo que la policía no tomó en consideración y que dejaría intacta la imagen de

hermana perfecta que tan injusta y fácilmente tú mismo estabas ensuciando.

Vuelves a mirar la habitación, pero ahora es diferente. Ahora sabes que estás buscando algo. Eres como un investigador, sí, como un detective que busca pruebas. Pero, en todo caso, como un detective al revés, porque tú no buscas las huellas de un crimen, sino huellas de una inocencia.

Detienes la mirada en el mueble que hace de biblioteca y de escritorio. La mesa del escritorio está abierta, como ella la dejaba siempre. Hay unos libros de texto encima. Te aproximas y cierras el escritorio. Debajo hay unos cajones. Abres el primero de ellos. Hay unos cuadernos de clase que revisas brevemente. Vuelves a mirar dentro del cajón y encuentras un cuaderno rectangular más pequeño que los normales de clase. Tiene unas tapas duras de color marrón. Es un cuaderno que nunca habías visto. Lo abres por la primera página y, aunque carece de fechas concretas, te das cuenta enseguida de que se trata de un diario. ¡Tu hermana escribía un diario! Acabas de encontrar la pieza que necesitabas para iniciar tus investigaciones.

Son las cuatro de la tarde. Es domingo. Fuera llovizna. Te sientas en la cama, te recuestas contra la pared y te dispones a leer el diario de Ángeles.